

TOLEDO, GAUTIER Y EL GRECO

Por RAFAEL BRUN

De las más diversas formas, bajo los más distintos puntos de vista y con los más dispares criterios, se ha juzgado y comentado el libro de Gautier, «Viajes a España»; libro, a nuestro entender, luminoso, que abriendo al mundo las puertas de nuestra Patria irradió, proyectando al exterior, sus innumerables bellezas.

No discutiremos que en el libro son empleadas inexactitudes y hasta, si se quiere, irreverencias, pero ha de tenerse presente que Gautier fue un desenfadado escritor francés un tanto franco-tirador que en ocasiones subordinó el fondo a la forma, aunque hayamos de convenir que tuvo sinceridad y nobleza, pues en muchas ocasiones, en páginas posteriores, rectificó posturas y criterios anteriormente equivocados. A pesar de estos reparos, conceptuamos como luminoso este libro que, en literatura descriptiva, puede conceptuársele como modelo en su género. En él las diversas cambiantes de nuestro paisaje tienen descripciones de insuperable belleza, y en la de nuestros monumentos y catedrales emplea imágenes y fraseología más propia de místico exaltado que de romántico apasionado.

Sin embargo, nosotros, los toledanos, tenemos que estar un tanto quejosos de él por el poco tiempo que nos dedicó, que no le permitió captar bien el ambiente de nuestra ciudad. De haber pasado entre nosotros dos meses, o mejor un par de años, por muy seguro tenemos que habría hecho un libro extraordinario, porque una de las características más acusadas de Toledo son sus contrastes que, para precisarlos, es necesario vivir nuestra ciudad, más que unos días, unos meses y, aun mejor, unos años, pues ya nuestro Martín Gamero en su historia toledana pone en boca de Alejandro Dumas, hijo, cuando nos visitó, la expresión de que Toledo tiene motivos para gastar diez años la vida de un historiador y consumir toda la vida de un cronista.



De sus contrastes, mucho se puede decir. Aquí llega el visitante procedente de Madrid, por ferrocarril o carretera, y después de su recorrido por las llanas y feraces vegas del Jarama y del Tajo, o de las también llanas tierras sagreñas, al adentrarse en Toledo, tiene que ascender hasta escalar el macizo rocoso de su emplazamiento para divisar, por doquier, espléndidos panoramas y encontrar, junto a la hoya profunda del Tajo, los bravos montes cigarraleros de fisonomía, todo ello, fuertemente diferencial a la de los recorridos. Si, como decimos, el visitante permanece entre nosotros una temporada verá, a la llegada de la invernada, días de características norteñas, con fuertes veladuras neblinosas y, al contrario, en el verano, los encontrará de fuerte luminosidad y calor andaluces.

En temperatura se tiene, aunque pocas veces, la máxima y mínima. En sus mujeres es grande la diferenciación entre sus rubias y morenas. En el emplazamiento de su caserío vemos en algunos patios desniveles en su hondura de más de un metro en relación con la rasante callejera, y en la casa de al lado o frontera, nos encontramos con piras escaleras de áspera peldañada hacia su primer piso. Hay varias calles sin puertas ni vecindad y otras, por el contrario, donde puertas y vecinos se juntan unas y otros. Hay casas en las que sus fachadas acusan lamentable incuria y abandono junto a otras cuidadas

y de puertas blasonadas que nos hablan de un esplendoroso ayer. Hay calles estrechísima con doble fila de aceras que se juntan, y otras, más amplias, que no las tienen. Las hay en las que sus rasantes se encuentran interferidas por esquinas de otras quebrando su armonía con sus anárquicos salientes. En esta ciudad, más que atrayente y sugestiva, fascinante y embriagadora, narcotizante si se quiere, se dan todos los motivos del caminar admirativo yendo de sorpresa en sorpresa. Su asentamiento en un montículo rocoso le ha dado irregularidad a sus calles que ellas mismas parecen buscar ensanchándose o yugulándose arbitrariamente, serpenteando unas, zizagueando otras. Los muros y paredes de sus casas no respetan, en muchos casos, las normas de la gravedad y de la plomada; en fin, son tantos y tan diversos sus contrastes, que es fácil encontrar frente a lo vertical, lo inclinado; frente a lo firme, lo desmoronable; frente a lo seguro, lo problemático; frente a la norma, el capricho. Diríase que en Toledo ésto es vocacional, y así en cuanto queda un espacio medianamente anchuroso, pronto surge la edificación que lo merma; parece como si su consigna fuera el tener permanentemente estrechura en sus calles.

Aun así y todo, y a pesar del poco tiempo que Gautier nos dedicara, es incuestionable que por Toledo hizo mucho, porque hace por un siglo y cuarto fue de los primeros que centró su atención en el Greco; primero en Burgos, luego aquí. Al examinar en Burgos el Cristo en la Cruz de Domenico, dice: «pintor extravagante y singular, cuyos cuadros podrían tomarse por bocetos del Ticiano si cierta afectación de las formas alargadas y mal concluidas no lo hicieran reconocer en seguida. Para dar a su pintura la apariencia de una gran valentía de toque, lanza aquí y allá pinceladas de una petulancia y de una brutalidad increíbles, luces finas y aceradas